

¿Hemos leído con las mismas disposiciones y los mismos sentimientos las santas Escrituras?

¿No hemos sido nosotros de aquellos de quienes habla el Apóstol, que se ruborizan del Evangelio, que ocultan la verdad en la injusticia, y que por vergüenza, por timidez ó por cualquier otro motivo injustificable no se atreven á sostener las máximas cristianas delante de aquellos que las combaten?

Cuando nosotros hemos hablado del mundo y de las cosas del mundo, ¿lo hemos hecho con menosprecio, como la fe nos enseña que debemos hacerlo y como así estamos obligados por el Bautismo?

*Por nuestras obras:* ¿No nos hemos avergonzado de parecer verdaderos cristianos, hasta el grado de no osar muchas veces hacer el signo de la cruz, doblar las rodillas ó practicar nuestras oraciones delante del mundo?

El respeto humano ¿no nos ha impedido muchas veces visitar á los pobres, entrar en los hospitales y servir á los enfermos; en lugar de mostrar nuestra fe por nuestras buenas obras, segun la instruccion que nos da el apóstol Santiago: *Ostendam ex operibus fidem meam?* (Jac. II, 18).

En fin, ¿protestamos nosotros altamente en todas las ocasiones que somos cristianos, consagrados á la Trinidad santísima,

verdaderos discípulos é imitadores de Jesucristo, y haciendo ver que en esto ponemos toda nuestra gloria?

TERCER PUNTO.

¡Dios mio! el desconocimiento con que Vos amenazais á los que se ruborizan de parecer cristianos y de hacer profesion de su fe, es demasiado terrible para una alma que sabe lo que es ser de este modo totalmente abandonada de Vos! El solo pensamiento de esta amenaza nos debiera hacer temblar toda nuestra vida. Descubridnos ¡oh Dios mio! si os place, la funesta desgracia de los que viven en semejante estado, y grabad bien profundamente en nuestro corazon estas notables palabras del Evangelio: «Al que se avergüenza de Mí y de mis palabras, el Hijo del hombre le mirará con rubor cuando viniere en su gloria:» *Qui Me erubuerit et meos sermones, hunc Filius hominis erubescet, cum venerit in majestate sua.* (Luc. IX, 26).

EXÁMEN.

De la esperanza.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la inmensa bondad de Dios, que quiere ser El mismo el objeto de la esperanza de los cristianos, prometiéndoles

que le poseerán en la eternidad si le sirven fielmente en el tiempo. ¡Oh cuán grande es nuestra dicha de llevar nuestras esperanzas hasta la posesion de un Dios, dulcificándose al mismo tiempo con ellas todas las amarguras de nuestra vida! *Solatium exilii nostri, condians amaritudines presentis adversitatis*. Rindamos mil gracias á Dios por una misericordia tan grande, que excede infinitamente á todos nuestros méritos.

SEGUNDO PUNTO.

La esperanza cristiana demanda que el alma, bien persuadida del poder y de la bondad de Dios, y apoyada sobre sus promesas y sobre los méritos de nuestro Señor, espere poseerle en la eternidad, y recibir para esto en esta vida todos los socorros necesarios, con tal que de su parte ella no falte á serle fiel. Examinemos si nosotros hemos correspondido bien á todo lo que demanda esta virtud.

¿Hemos estado bien persuadidos que Dios quiere salvar á todos los hombres; y no ha vacilado nuestra esperanza por la duda de que El no lo quisiere así sinceramente, y de que no nos otorgare todos los medios necesarios para la salud?

Asimismo, ¿no hemos concebido alguna desconfianza ó vano temor en órden á nuestra salud, por razon de que, imaginándo-

nos que nuestro Señor no hubiese muerto por nosotros, tal vez no tenemos fundamento bastante para confiar en sus méritos?

En nuestras penas, tentaciones y tedios, ¿nos hemos dejado llevar algunas veces de abatimiento, hasta dudar si el Señor nos habrá abandonado del todo; en lugar de animarnos diciendo con el santo Job en lo más acerbo de sus penas: *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo?* (Job. XIII, 15).

¿Hemos confiado siempre, sobre todo en esos casos difíciles, en su bondad y en el poder de su gracia, como lo desea el Apóstol; estando asegurados que El no permitirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, y que jamás nos abandonará si nosotros mismos no le abandonamos antes?

En todas nuestras necesidades, tanto espirituales como corporales, ¿hemos sido fieles en implorar su socorro, y lo hemos hecho con toda la confianza que deben los hijos con su buen Padre?

Cuando hemos incurrido en la desgracia de ofenderle, bien lejos de ir á El y de echarnos á sus piés con la confianza del hijo pródigo ¿no hemos huido de su presencia como despues de su crimen lo hizo el miserable Caín?

¿No hemos algunas veces presumido demasiado de su misericordia, imaginándonos que siendo infinitamente bueno no querria perdernos, y de consiguiente que no habia motivo de temer tanto su justicia?

¿No nos hemos encenagado en nuestros pecados bajo este mal principio, diferido nuestra conversion, omitido la práctica de buenas obras, en una palabra, abandonado mucho el gran negocio de nuestra salud?

En fin, ¿hemos considerado que la esperanza no se tiene solamentè de consejo sino de precepto, que debemos hacer actos de ella de tiempo en tiempo, y que á esto estamos obligados cuando somos tentados contra esta virtud?

TERCER PUNTO.

Dios mio, cuando yo hago reflexion sobre estas palabras del Apóstol, que la esperanza nos sirve como de un áncora firme y segura, y sobre estas otras del Profeta, que nos pone á cubierto de nuestros enemigos y nos acerca á vuestra misericordia; conozco entonces la grande dicha de aquellos que esperan perfectamente en Vos, y deseo de todo corazon pertenecer á ese número. Bendecid, os ruego, oh Dios mio, este deseo, á fin de que, á pesar de cualquiera oscuridad y de cualquiera agitacion, yo me mantenga cerca de Vos, que sea inquebrantable en vuestro servicio, y conozca por mi propia experiencia la verdad de estas palabras: Ninguno de los que han esperado en Vos han sido confundidos: *Nullus speravit in Domino, et confusus est.* (Eccli. II, 11).

EXÁMEN.

De la confianza en Dios.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á Dios invitándonos con una ternura de padre á poner en El toda nuestra confianza. El sabe que tenemos grandes necesidades y poderosos enemigos; y para librarnos de unos y ponernos á cubierto de otros, El mismo quiere ser nuestra fuerza, nuestra seguridad y nuestra esperanza. Reconozcamos de todo nuestro corazon esta divina bondad, y rindámosle toda suerte de homenajes.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros tenemos toda la confianza que debemos poner en Dios y que El desea de nosotros.

El alma que se halla bien establecida en esta virtud se apoya únicamente, ya sea para el presente ó sea para el porvenir, sobre la bondad de su Padre celestial. Ella no cuenta para nada con el favor de los príncipes, el crédito de los grandes, el apoyo de las criaturas; y si alguna vez es obligada á recurrir á ellas, las mira como instrumentos de Dios y no se muestra impaciente en buscar su socorro, ni se inquieta cuando se lo niegan.

Ni tampoco se turba cuando se ve abandonada de sus parientes, de sus amigos y de sus vecinos; y cuando todo el mundo se subleva contra ella, se mostraria siempre inquebrantable en su paz, y diria con el Profeta: «El Señor es mi protector, ¿qué es lo que puedo temer? (*Psalm. xxvi.*)»

El temor de faltarle la fuerza, la salud ó el talento, ¿no le hacen rehusar los empleos á que ella es llamada; sabiendo que Dios es un buen Padre, que no abandona jamás á sus hijos en la necesidad, y que se sirve cuando le place de las personas más ineptas para hacerlas instrumentos de su gloria?

Ella no teme cuando no cuenta con un fondo seguro para subsistir; porque sabe que nunca falta lo necesario á los que sirven á Dios fielmente.

En los pensamientos que le ocurren de cercenar alguna parte del tiempo que debe dar al servicio de Dios, para emplearlo en procurarse alguna ventaja temporal, ella se muestra bien penetrada de esta gran máxima del Evangelio: «No os apeneis por el día de mañana,» y de ningun modo se inquieta por el porvenir, reposando en que Dios conoce sus necesidades.

Ella atiende siempre á la bendicion que Dios dará á cuanto le pertenece; y obra en todas ocasiones como si todos los sucesos dependiesen de El, sin hacer gran mérito, en sus empresas y negocios, de su pruden-

cia, ni áun de sus riquezas, luces ó talentos.

Ella no se apoya del mismo modo sobre los medios espirituales que tiene entre las manos para su perfeccion y para su salud; y aún cuando fuese para ella muy ventajosa, por ejemplo, cierta manera de oracion, ó que se perfeccionase extraordinariamente en la soledad, ó tal socorro le fuese necesario para su salvacion; privada de esos medios por circunstancias insuperables, ella vive, sin embargo, perfectamente en paz, y se consuela con el pensamiento de que Dios así lo permite y lo dispone.

En las enfermedades, en las pérdidas, en las desgracias y demás adversidades, ella no busca nunca fuera de nuestro Señor su consolacion y su apoyo, persuadida que no es sino en El solo en el que puede encontrarlo.

En fin, en cualquier estado ó extremidad en que se halla, sea con referencia al cuerpo ó al alma, sea con relacion á sí mismo ó á los demás, ella imita al gran Patriarca que recibió de Dios todo género de bendiciones, por haber esperado contra toda esperanza: *Contra spem in spem.*

Examinemos si nosotros hemos estado en estas disposiciones y en estos sentimientos, y si hemos sido fieles á sus prácticas.

TERCER PUNTO.

Yo sé, Dios mio, que Vos os complacéis extremadamente en las almas que ponen su confianza en Vos, y que á manos llenas derramais sobre ellas vuestras gracias; pero sé tambien que os retiráis de las que se apoyan sobre la criatura, y que les dais vuestra maldicion (1). Podria yo, despues de este conocimiento, exponerme á traer sobre mí el siguiente reproche: «¿Hé aquí el hombre que no ha confiado en Dios (2)?» Que desde este momento, pues, y para siempre, oh Dios mio, yo me abandono á Vos, y que jamás intente reposar sobre las criaturas que engañan, que no hacen sino pasar, y que dan la muerte á los que en ellas confían: *Moriuntur, et ad mortem trahunt.* (S. Aug.).

PRIMER EXÁMEN.

De la caridad para con Dios.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á Dios dando al hombre los dos preceptos del amor: *Diliges Dominum Deum tuum.* (Deuteron. vi, 5; Marc. xii,

(1) *Maledictus homo qui confidit in homine et ponit carnem brachium suum.* (Jerem. xvii, 5).

(2) *Ecce homo qui non posuit Deum adiutorem suum.* (Ps. li, 9).

v. 30). Este perfecto y soberano Sér encuentra toda su felicidad en amarse á sí mismo, y entre tanto quiere tambien ser amado de sus criaturas. Los Angeles le aman; todos estos espíritus bienaventurados no se ocupan sino de su amor; los Serafines, que están más cerca de El, se abrasan en sus ardores; mas esto no es bastante, y es preciso que la tierra tome parte en la dicha del cielo: El quiere que nosotros le amemos; y no solamente nos lo permite, no solamente nos lo manda, mas tambien nos amenaza con su cólera si no le amamos. Admiramos con san Agustin el exceso de este amor. *Quid tibi sum ipse, ut amari te jubeas à me, et nisi faciam, irascaris mihi?* (S. Aug. *Conf.* xvi, 2).

SEGUNDO PUNTO.

La caridad quiere que nosotros amemos á Dios puramente sobre todas las cosas, de todo corazon, con todo nuestro espíritu, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Examinemos si le hemos amado de esta suerte.

1. ¿Le hemos amado puramente por amor á El mismo; es decir, porque El es infinitamente bueno, infinitamente perfecto y porque merece infinitamente ser amado?

Cuando le amamos porque es bueno, ¿no es solamente porque lo es respecto de nosotros, porque nos hace bien, porque nos